

guardados; el penitente rompía con su historia, sepultaba sus recuerdos y borraba su memoria. Como bien dice Serge Gruzinski en su ensayo "Individualización y aculturación: la confesión entre los nahuas de México entre el siglo XVI y XVIII",

El indígena debe actuar por voluntad propia, y, por lo tanto, es responsable de su conducta. Debe hacer a un lado el medio que lo rodea, el peso de sus tradiciones y las fuerzas externas que solían influir en su comportamiento, como el poder de la furia divina, los conjuros de una bruja, la envidia de un vecino y pariente, los desig-

nios de mal agüero de algún desviado sexual o algún trasgresor de las reglas establecidas.

Uno de los hilos conductores del libro de Martiarena es el discurso sobre la aceptación y eficacia del sacramento de la confesión. Al parecer, los indígenas aceptaron tal práctica porque encontraron una similitud con el ritual que efectuaban ante la diosa Tlalcalcoani (comedora de las cosas sucias), a la cual le confesaban sus pecados carnales. Sin embargo, a lo largo de la época colonial, en los autores de los confesionarios se nota un sentimiento de fracaso por no haber logrado que los indígenas cum-

plieran cabalmente con el sacramento de la confesión. A pesar de la dura represión, algunas de las ideas pervivieron y se fueron transmitiendo de generación en generación. En opinión de Roger Chartier,

...detrás de las apariencias de una conversión absoluta, seguían vivos los gestos y las creencias de la costumbre destruida. Esta religión doble da buenos motivos de preocupación a los clérigos anquilados de supersticiones. Para los indios, desgarrados entre dos mundos, es signo de una identidad borrosa, la causa de un insostenible malestar.

Historia de la lectura; su porvenir

Heladio Castro

Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1998, 585 pp.

Guglielmo Cavallo y Roger Chartier son los responsables de llevar a buen puerto la embarcación bautizada con el nombre de *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Los lectores nos convertimos en afortunados y expectantes viajeros dispuestos a recorrer con cierta prisa las muy variadas regiones que el itinerario incluye.

Los autores que participan en esta aventura proponen una historia de largo alcance cuyos ejes principales serán los lectores, las prácticas de lectura y la materialidad de los textos. Se empeñan igualmente en identificar los modelos de lectura

más relevantes. Se trata, qué duda cabe, de una empresa particularmente compleja. La mayoría de los ensayos contenidos en este libro presentan importantes avances en el desarrollo de esta perspectiva y, sin embargo, al final del trayecto nos invade la sensación de que la mayor parte del trabajo está todavía por hacerse. Los problemas metodológicos y de fuentes aparecen con frecuencia a lo largo del recorrido.

Una lectura cuidadosa de la obra nos permite identificar un conjunto de ideas básicas, no siempre explícitas, que Cavallo, Chartier y los demás autores comparten. Chartier, quien ejerce un fuerte liderazgo intelectual en este grupo de investigadores, concibe a la lectura como un proceso a través del cual se produce el sentido de un texto. Considera también que la lectura es una prác-

tica caracterizada por múltiples diferenciaciones, en función de las épocas y sociedades específicas en que se realiza. Si bien las posibilidades de apropiarse de un texto son múltiples, ello no significa que el lector disponga de una ilimitada libertad para interpretarlo. En fin, son muchas las ideas compartidas por los distintos autores y los disensos entre ellos realmente escasos.

Uno de los principales objetivos de los autores que participaron en esta obra es identificar algunas coyunturas especialmente significativas en la historia de la lectura: la reforma protestante, la Contrarreforma y el Renacimiento se cuentan entre ellas. Reinhard Wittmann aborda la revolución de la lectura que tuvo lugar en Europa central durante el siglo XVIII. Teniendo siempre presentes las diferencias regiona-

les, identifica los cambios más sustantivos que se registraron durante dicho periodo: además de que se incrementó notablemente la cantidad de lectores, surgió una pasión por la lectura que parecía irrefrenable, el material de lectura también se diversificó como nunca antes. Es preciso advertir que esta idea de Wittmann en el sentido de que se registró tal revolución ha provocado un amplio debate.

La transición de una lectura colectiva y en voz alta a otra individual y silenciosa es analizada sobre todo por los autores que escriben sobre Grecia, Roma y la Edad Media, y representa un cambio fundamental en la práctica de la lectura. Además está asociada con una relación más íntima entre autor y lector. Las implicaciones de esta prolongada transición son estudiadas a lo largo de varios capítulos. No obstante, es preciso señalar que la lectura en voz alta continuó siendo relevante en el proceso de aprendizaje. Los humanistas, por ejemplo, daban muestra de la extraordinaria capacidad de su memoria recitando textos clásicos íntegros.

Por lo que respecta al tipo de relación que se establece entre el autor, el texto y el lector, podemos afirmar que durante el periodo escolástico surgieron varias "formas de interpretación" que condicionaban o limitaban en gran medida la apropiación del texto. La distancia entre autor y lector aumentó en la misma proporción en que se multiplicaron los elementos normativos y los instrumentos auxiliares de lectura. Con el lector humanista asistimos a una revaloración de los escritores clásicos, lo que implica una ruptura con los excesivos elementos de intermediación que habían proliferado sobre todo durante la Edad Media. Al analizar las características del lector moderno hacia el año 1800, Wittmann habla de una nue-

va forma de leer a la que califica como "sentimental" o "empática". Este tipo de lectura implicó una relación todavía más estrecha entre autor y lector. *La Nouvelle Héloïse* de Rousseau, publicada originalmente en 1761, provocaba incluso ataques de nervios y crisis de llanto entre sus lectores. El *Werther* de Goethe dio lugar a una ola de suicidios en Alemania. Estas dos son prueba de los extraños poderes que un autor puede ejercer sobre sus lectores. Sin embargo, hay que tener presente que el lector no es de ninguna manera un ente pasivo que lee únicamente en función de las propuestas de apropiación sugeridas por los autores y editores, o condicionado por el diseño del libro. El margen de libertad existe siempre y, pese a las muchas coacciones que se ponen en juego, el lector puede hacer suyo el texto de una manera heterodoxa, e incluso "incorporarse" a la trama de alguna novela para convertirse en protagonista.

La lectura de este libro nos permite identificar algunos valores asociados con la lectura. Para los humanistas la lectura era también un instrumento útil en la lucha intelectual y política. Anthony Grafton nos describe a un Maquiavelo que lee por placer, pero que al mismo tiempo está ávido de adueñarse de un conocimiento que le sirva para dar la batalla cotidiana por el poder. Durante el periodo escolástico la lectura rápida se convirtió en un imperativo. En consecuencia, se desarrollaron varios métodos para acelerar la adquisición del saber. Durante la revolución analizada por Wittmann la utilidad de la lectura se convirtió en un tema recurrente. A la lectura practicada con fines pragmáticos Rousseau opuso una lectura que proporcionara entretenimiento y placer.

La distribución asimétrica de la capacidad de lectura en una sociedad es un tema que interesa a varios

de los autores que aceptaron el reto de escribir una historia de la lectura en la parte occidental del mundo. Durante el siglo XIX las mujeres, los jóvenes y los niños se convirtieron en importantes consumidores de libros. Así, el mercado del libro creció en varias direcciones. Es oportuno referir aquí las posibilidades de convergencia entre la historia de la lectura y la historia de género, pues el ensayo que aborda el tema de los nuevos lectores del siglo XIX muestra que había una diferencia clara entre el tipo de materiales de lectura que consumían los hombres y el que las editoriales destinaban a las mujeres. Lectura, género y poder pueden convertirse en conceptos complementarios que permitan avanzar en una historia de la lectura que nos parece aún muy parcial y fragmentaria.

Podemos identificar otra preocupación compartida por varios de los autores que nos guían en este viaje: el grado de libertad individual que se pone en juego mientras se lee. Como la discusión en torno a este asunto es vasta, sólo diremos que en las comunidades hebreas que estudia Robert Bonfil el control que se ejercía sobre la lectura era particularmente riguroso. La obsesión por controlar los materiales de lectura se agudizó durante los movimientos de Reforma y Contrarreforma. Ciertamente podríamos pensar que en la época actual disponemos de una libertad enorme para practicar la lectura. Sin embargo, debemos advertir que las formas de control se han tornado cada vez más sutiles. Armando Petrucci nos proporciona algunas pistas sobre las características del canon (conjunto de obras y autores que se convirtieron en lecturas obligadas) en occidente. Al mismo tiempo, nos enteramos de que hoy en día existen movimientos especialmente radicales en la Universidad de Stanford en California o en algu-

nas regiones de la parte oriental de Alemania que, con actitudes muy distintas, critican acremente ese canon. Los alcances de tales movimientos y sus implicaciones en los contenidos de la lectura están aún por verse.

Las potencialidades de la lectura es otro tema que concita el interés de la mayoría de los autores de los estudios contenidos en esta publicación. Paul Singer explica el papel que la lectura individual y solitaria desempeñó en la difusión de las ideas heréticas de la Edad Media. El pensamiento político subversivo, en distintos momentos históricos, también ha encontrado en la lectura un medio especialmente propicio para su propagación. En el libro que reseñamos pueden encontrarse también interesantes ejemplos de los peligros asociados con la lectura, que en casos extremos puede provocar problemas de salud o hasta desequilibrios mentales. Martyn Lyons refiere los trastornos psicológicos que sufrió Charlotte Elizabeth Browne, hija de un clérigo de Norwich, luego de que a temprana edad tuvo la oportunidad de leer *El mercader de Venecia*. El mismo autor da cuenta del colapso físico que a los 21 años de edad padeció el zapatero Thomas Cooper como consecuencia de la pesada carga de lectura que se había impuesto.

Una línea de investigación interesante que exploran algunos de nuestros autores es la de los espacios y condiciones en que se efectúa la lectura. Con sorpresa nos enteramos de que desde finales del siglo XIII se exigió en las bibliotecas el silencio por parte de los lectores. Además, para los últimos siglos de la Edad Media la reglamentación de estos establecimientos era ya considerable. Desde esa lejana época la biblioteca mereció un especial aprecio como lugar público.

Esta *Historia de la lectura en el mundo occidental* nos permite aproximarnos a ciertos grupos de lectores: trabajadores, mujeres y niños del siglo XIX, pero al mismo tiempo nos brinda la oportunidad de conocer a algunos lectores célebres y a otros menos reconocidos. Podemos encontrar datos interesantes sobre la forma en que leían Maquiavelo, Máximo Gorki, o el modesto zapatero del siglo XIX llamado Thomas Cooper, a quien mencionamos anteriormente.

Entre las fuentes principales que han permitido avanzar en la historia de la lectura se cuentan los inventarios por fallecimiento y diversos catálogos de libros. Ante la evidencia de que la cuantificación resulta insuficiente, parece necesario acercarse a otro tipo de fuentes que permitan darle un mayor peso al análisis cualitativo. La propuesta defendida por algunos de nuestros autores es volver la mirada hacia materiales literarios o iconográficos. Jean-François Gilmont y Roger Chartier consideran que los procesos de inquisición son también útiles para conocer la forma en que los lectores se apropiaban de un texto. Es preciso subrayar también la enorme dificultad que han tenido algunos de los investigadores para evaluar la capacidad de leer y escribir en la sociedad europea de finales del siglo XVIII.

Gilmont reconoce que ya no es suficiente con reconstruir el corpus de publicaciones que marcaron una época, sino que es preciso determinar la manera en que fueron leídas y el impacto que alcanzaron. Chartier se pronuncia también por una historia de la lectura más integral que incluya el estudio de los textos, de la lectura, del libro y de la interpretación de los textos. Es muy recomendable la lectura del trabajo

con que el historiador francés colabora en esta obra colectiva, pues además de que discute el empleo del adjetivo "populares" para hacer referencia a un cierto tipo de lectores y lecturas, insiste en su idea de que no hay lecturas exclusivas y que más bien se trata de analizar las lecturas que distintas comunidades de interpretación comparten, para comprender las formas contrastantes en que se apropian de un mismo texto. Lo que se pretende, en suma, es abordar problemas cada vez más complejos. Los dolores de cabeza de los historiadores de la lectura, de por sí frecuentes, seguramente se incrementarán en los próximos años.

Pese a los problemas metodológicos y de fuentes anteriormente referidos, compartimos el optimismo de Cavallo y de Chartier sobre el porvenir de la historia de la lectura.

A través de estudios específicos, la obra dirigida por Guglielmo Cavallo y Roger Chartier cumple bien el objetivo de proporcionarnos un panorama general de la historia de la lectura en el mundo occidental. Podemos señalar incluso que se trata de una obra de síntesis que resulta útil para saber qué tan lejos se ha llegado en la historia de la lectura, y para vislumbrar hacia dónde se puede caminar en el futuro inmediato. Contiene además una extensa bibliografía valiosa para quien desee profundizar en el estudio de algunas de las regiones y épocas que en ella se tratan.

Mucho más podría comentarse sobre el prolongado viaje, pero como el barco ha tocado puerto es una buena oportunidad para que otros lectores lo aborden y hagan, desde luego, una apropiación contrastada del libro *Historia de la lectura en el mundo occidental*.